

—Soy yo, buen amigo. ¿Cómo vas tan orgulloso *dándote pisto*? Quiero decirte al oído una palabrita.

—¿Tú á mí? Ya sabes que no quiero cuentas contigo. Cuando de-sees hablarme *echa* una solicitud. Eres tú demasiado humilde para codearte conmigo.

—Mire V. el majadero..... ¿pues qué serías tú sin mí?

—Todo. Yo soy el rey de las conquistas, y te desprecio, D. Rezon-gón.

—Bueno, caballero: *arrieros somos*.... Habráse visto otro Don Qui-jote.....

*
* *

El tren paró de repente y los coches chocaron unos con otros.

No hubo desgracias personales, pero sí los sustos correspondien-tes. Había descarrilado.

Era menester pedir auxilio. El monstruo desesperado gritaba á to-do pulmón: *Pi... pi... piii...*

Pero nada: *voces en el desierto*... Mientras tanto el telégrafo riéndo-se á mandíbula batiente y con su clásico zumbido: *Huu... huu... huu...* parecía acercarse muy reverente al tren para decirle: Servidor de V., don *Entonado* y *Orgulloso*. Si no desprecia mis servicios, más ligero que el viento, comunicaré la noticia á la estación inmediata, para que venga pronto socorro. Pero en caso contrario, ¡pobrecito de tí! te espera una noche toledana.

El tren se revolvía airado. Silbaba, arrojaba espumarajos por dos bocas, sus *tripas* (dispénsennos los lectores esta frase), rugían como una tormenta; pero... al fin se humilló y cantó la palinodia, diciendo:

— ¡Soy un estúpido, telégrafo amigo! Sin tí nada puedo, y yo loco te desprecié. ¡Perdón!

—Estás perdonado; pero conviene, ya que te reconoces y andas por el mundo, que vayas por todas partes pregonando á los hombres: *que al orgulloso se le humilla con facilidad*.

N. PEREIRA.

VARIEDADES.



Por haberla recibido con retraso, no pudimos insertar en el número anterior, á que iba destinada, la siguiente poesía de nuestro respetable amigo y distinguido colaborador don Antonio de Cidón.